

BROMAS Y VERAS

ESTO no es España ni esto es lo español. Esto que los españoles residentes en Cuba estamos haciendo, no tiene relación alguna con el espíritu de hoy, de ayer y de mañana que anima al pueblo español.

Y lo triste (o lo afortunado) del caso es que los españoles de Cuba somos una notoria excepción. El mexicano culto (fuera de México no conocemos más que al mexicano culto que, por cierto, es de tal magnitud como para codearse con los hombres superiores de cualquier país del mundo) habla de los españoles de muy distinta manera que el cubano. Y el pueblo mexicano, que el día de la Independencia grita «mue- ran los gachupines» por tradición arrastrada desde los días de su revolución libertadora, grita los trescientos sesenta y cuatro días restantes del año, «viva España». Y mantiene las corridas de toros (el espectáculo «bárbaro» más bello, más humano y más heroico del Mundo, según Mussolini) y conserva el teatro español y lo cultiva y atrae y lo estimula y lo paga largamente, convencido de que es el más poderoso vehículo de cultura que tienen los pueblos.

El Conde del Rivero, que acaba de hacer una nueva visita a la República Azteca, me encomiaba esa devoción del pueblo mexicano por las tradiciones hispanas y por el teatro español. «Pero, me decía, la Colonia Española, que no tiene estos sanatorios nuestros, es el primer factor en la conservación del teatro y de los centros culturales. Cualquier movimiento culto, exposiciones, conferencias, representaciones teatrales, conciertos etc., tienen su primer apoyo en la Colonia Española que está presente en toda manifestación de contenido espiritual y vigilante para producir las constantemente». El sólo hecho de ser español, en México, da crédito en la buena sociedad y es garantía de «gente bien» como se dice ahora en perfecto galicismo.

¿Por qué es la diferencia? ¿Por qué en Cuba la Colonia Española, diez veces mayor que en México, se aísla en los Centros Regionales, se limita a la educación de los niños en las primeras letras y a dar algunas enseñanzas mercantiles, como si no hubiera más misión en el mundo que la de comerciar, y ciega sus teatros, no abre sus puertas a conciertos y exposiciones, no mantiene ciclos de conferencistas ni asiste en masa, como debiera, a las manifestaciones de cultura y arte que cubanos (o cochinchinos) realizan con esfuerzo enorme y ante la casi indiferencia pública?

Porque España es eso y no esto. Lo saben los cubanos que han ido a España a estudiar o a recrearse. Y mientras México mantiene tres teatros españoles constantemente (además de su vigoroso teatro nacional, mucho más rico que el cubano) los españoles de Cuba, diez veces más en número, nos encogemos de hombros...

Y en la Habana tenemos un «Centro de la Cultura Francesa» pese a que los franceses no son, entre nosotros, más allá de media docena; y no dan bailes donde la juventud se enerva y materializa, sino conferencias y exposiciones; y tenemos otro Centro de Cultura Italiana, y los italianos no pasan de docena y media; y los chinos (de una gran riqueza espiritual, aunque a nosotros nos parece que no hacen más que lavar camisetas) tienen tres periódicos diarios y una gran actividad cultural; y no digamos nada de los judíos, en cuyos centros y sinagogas no se hace otra cosa que extender cultura y enriquecer el espíritu racial. Y entre todas esas inmigraciones, todas ellas paupérrimas en dinero y en número, comparadas con la española, sólo los españoles no tenemos más que edificios (piedra fría, pedantesca y sin alma) para dar bailes bullangueros y sanatorios donde atender los males del cuerpo: pero donde sanar el alma y adquirir la salud del entendimiento, nada, absolutamente nada.

Y así viene luego el que un hijo cubano sienta rubor de su padre español cuando el padre español (que supo trabajar brutalmente toda una vida, obseso por la fortuna material) dice «haiga» delante de una visita. Y así ocurre que el hijo cubano, con afán de cultura, sensible a las manifestaciones del genio, vaya a ver las representaciones de la Xirgu, en tanto el padre español juega al dominó en el Centro Regional o se acuesta temprano, porque ha de madrugar, aún en la vejez, para bajar a la tienda a ganar dinero.

«La Xirgu» es cara, me han dicho: dos pesos luneta. Y, efectivamente, es cara. Lo mismo cobra en España, y su teatro se llena noche a noche. Lo mismo cobrará en México, y la Colonia Española se vestirá de etiqueta para hacerle el homenaje de su presencia suntuosamente, elegantemente, cultamente. Lo mismo se cobra aquí para cualquier gira, romería, boxeo o juerga donde se desbordan pasiones y sidra.

Y así, el hijo mexicano que ve a su padre vestido de frac o del smoking, en el teatro, se enorgullece del padre español: porque no es lo mismo un hombre de frac que en mangas de camisa: no es lo mismo para su dignidad ni para la estimación ajena ni para la estimación de sí mismo.

Y como los hijos de los españoles hicieron estos pueblos, así resulta que en México se sabe de una España que en Cuba ni se sospecha.

Porque los españoles de México sí dan noticias de España a los hijos mexicanos; mientras que nosotros

en Cuba, jamás hemos sabido, ni querido, decir a los cubanos lo que somos y cómo somos.

Y ya que ello es así, no hemos de caer en la complicidad del silencio, que sería más delictuoso que el propio delito. Y, por orgullo nacional ante los cubanos, tenemos que proclamar muy alto, que esto no es España, ni esto es lo español.

Antes, al contrario, es matar a España en la conciencia cubana, y matar lo español en el alma de Cuba. **JOAQUIN ARISTIGUETA**

*Am.
Marzo 3/36*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA